

Un libro de José María Iribarren condenado por la censura: *Con el general Mola*

RICARDO OLLAQUINDIA

Los libros reportan generalmente satisfacciones a sus autores; pero a veces dan disgustos. José María Iribarren conoció las dos experiencias y tuvo distintas reacciones. Manifestó públicamente la complacencia gozosa del escritor ante la buena crítica, pero guardó el recuerdo doloroso para confiarlo al papel que queda inédito.

En un artículo publicado en la revista *Pregón* escribió: “No puedo negar que mis libros me han dado no pocas alegrías”. Se refería a *Retablo de curiosidades*, *Navarrerías*, *El patio de caballos y otras estampas*, *De Pascuas a Ramos...* Podía referirse a todos ellos. A todos, menos a uno.

En un escrito inédito, aunque no incógnito, contó las peripecias “de un malhadado libro que me ocasionó muchos disgustos y desazones”. Fue el primero que publicó y es el objeto del presente estudio, el titulado *Con el general Mola*.

En el prólogo de su *Batiburrillo navarro* reveló un secreto: “Siento atracción por lo anecdótico, lo curioso y lo peregrino... Espigo, en lo que leo y en lo que oigo, el rasgo pintoresco, el que a mí me choca, el que creo que puede interesar”. Este recurso literario, utilizado en el campo del costumbrismo, le dio buenos resultados; pero no en un Cuartel General, en tiempo de guerra.

El general Mola, por una decisión intuitiva, colocó a Iribarren en el lugar idóneo para ver, oír y anotar “lo anecdótico y curioso” en aquel momento histórico. El 20 de julio de 1936 se presentó en Capitanía de Pamplona un joven abogado, como escribiente voluntario. Estuvo allí entre papeles y mesas. A la mañana del día siguiente, el general Mola tuvo que ir a Burgos. Preguntó por “aquel muchacho, abogado, de luto, que había trabajado en su despacho en la tarde anterior”, y se lo llevó como secretario particular.

UN LÁPIZ BAJO EL MANTEL

El instinto le dijo que allí había argumento para un libro y comenzó inmediatamente a escribirlo. Estuvo “con el general Mola” de julio a diciembre de 1936. Le acompañó en sus viajes y en las sucesivas instalaciones de su cuartel general: Burgos, Valladolid, Ávila, Talavera y otra vez en Ávila.

Como secretario particular, se hallaba en la puerta de su despacho, viendo a los que entraban y salían, escuchando las conversaciones de los que esperaban. Recibía noticias de los frentes. Escribía cartas. Leía comunicados. Redactaba partes y proclamas.

Se sentaba a la mesa del general, en comidas y cenas, con sus ayudantes y los jefes que, llegados del frente, venían a informar sobre operaciones militares y a recibir órdenes. Ese momento, la comida y la sobremesa, era el más propicio para un escritor que iba a la caza de anécdotas y comentarios.

Para esa tarea utilizó una artimaña, permitida por el general: con un lápiz chiquitín, debajo del mantel, anotaba lo que oía en el paquete de cigarrillos.

El libro se editó en mayo de 1937, en Zaragoza, por la “Librería General”. Pasó la preceptiva censura previa, hecha por dos catedráticos de la universidad zaragozana. No pusieron ningún reparo a la edición, máxime al saber que el libro había sido leído y autorizado por el propio general Mola. Iribarren había tenido la precaución de poner esa advertencia en la primera página; aunque después le sirvió de poco.

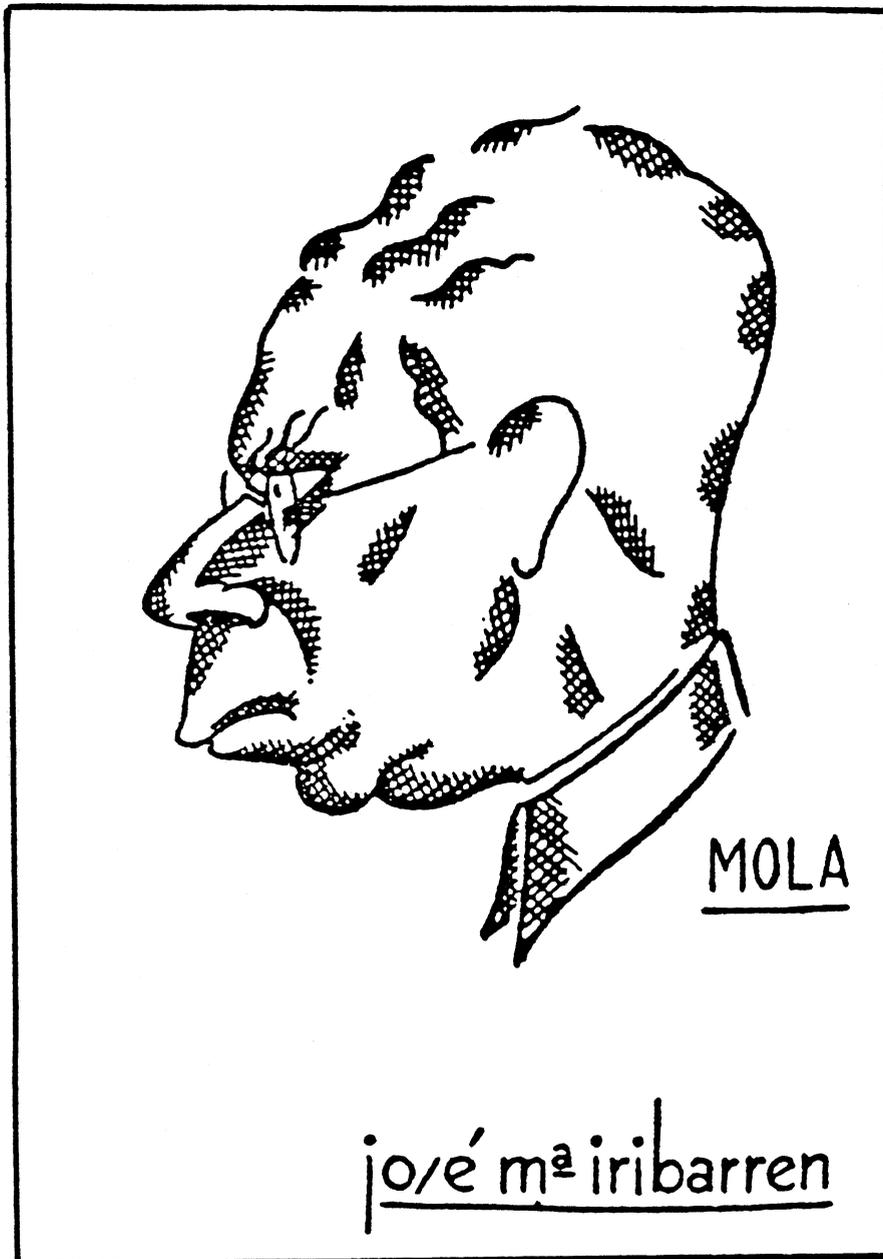
EL LIBRO MAL RECIBIDO

El libro tuvo corta vida en las librerías. Fue mal recibido por altas esferas militares. Apareció el 4 de mayo y desapareció el veintitantos, con orden gubernativa de retirada y destrucción de todos los ejemplares. Los acontecimientos adversos para el autor se desarrollaron de forma inesperada y calamitosa.

José María Iribarren, que ya entonces residía en Pamplona, fue instado a presentarse en la Comisaría de Policía, donde le comunicaron la condena de su libro. Al día siguiente, tuvo que trasladarse a Salamanca, a presencia del Delegado Nacional de Prensa, Manuel Arias Paz, comandante de Ingenieros, quien le maltrató como censor severísimo, señalando los párrafos intolerables del libro y espetando las penas que merecía el autor.

El libro fue retirado de las librerías, pero no destruido en su totalidad. Muchos ejemplares, en la misma comisaría, fueron solamente “destapados”, es decir, perdieron las cubiertas, pero se conservó el conjunto de páginas que, pasando de mano en mano, como algo que adquiriría por eso un valor bibliográfico añadido, se alojó en bibliotecas particulares primero y en públicas después.

Se confirma esto en un estudio escrito por Vicente Cacho Viu y publicado en “Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea” (vol. 5, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 1984) sobre *Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936*. Dice lo siguiente: “La policía de Pamplona se limitó a retirarlos de las librerías y a arrancarles las portadas; uno de esos ejemplares mutilados es el que hoy figura en la Biblioteca de la Universidad”.



LO TACHADO, ENTRE PARÉNTESIS

Yo tuve la suerte de tener en las manos el libro en el que José María Iribarren había puesto entre paréntesis las palabras, las líneas y los párrafos tachados por el lápiz rojo del censor. Me dejó verlo y tomar notas. Fue en el tiempo, de 1960 a 1970, en que iba diariamente a su casa a ayudarle en la preparación de sus obras *Espoz y Mina, el guerrillero, el liberal, y Hemingway y los sanfermines*.

Al margen de una de las primeras páginas de la obra *Con el General Mola*, escribió con pluma estilográfica: “He señalado con paréntesis rojos las frases que la censura de Salamanca consideró inadmisibles. Todas ellas son ciertas. Yo las oí y las apunté. El Delegado nacional de Prensa y Propaganda, Comandante de Ingenieros don Manuel Arias Paz, me dijo dos veces en su despacho que yo, por haber escrito lo que escribí, *merecía estar fusilado*. Gracias a Mola (que leyó el original de este libro) no sufrí otros males que los de mi detención, registro, viaje a Salamanca y la orden de *recogida y destrucción* de esta mi primera obra. ¡Ah! Y una nueva detención en Salamanca, en cuya Comisaría permanecí tres horas”.

A continuación se transcriben algunos de los párrafos tachados por la censura. Son los más representativos de “lo anecdótico, lo curioso y lo peregrino”, buscado por el escritor. En primer lugar se presentan las líneas iniciales, en las que Iribarren manifestaba que Mola conocía el escrito; cosa que el censor militar no quiso admitir.

1. Página 5. “Aquí tienes, lector, mi primer libro... Días antes de darlo a la prensa quise que Mola lo conociese. (Me otorgó el gran favor de leerlo y llevó su amabilidad al extremo de apostillar su texto con breves notas de su puño y letra. Aquí me precisó una fecha, me añadió allá un detalle o me aclaró tal episodio de forma que, en lo que a sus actos y dichos se refiere, mi libro lleva el marchamo de autenticidad que puso el propio interesado)”.
2. Página 33. Nota para el anecdotario de lenguaje cifrado, cursado el mes anterior al Alzamiento. “Un telegrama pesimista. En junio marchó Escámez a cierta capital andaluza a tantear el estado de la guarnición. Desde allí remitió a Pamplona un telegrama convencional: (“Las niñas regular. Las encargadas pésimamente”. Aludía a la oficialidad y a los jefes)”.
3. Página 121. Anécdota jocosa, referente a la miopía del general, tomada en la sobremesa del 23 de julio. “(Mola, ¿qué vas a hacer? A los postres repartieron copas de helado, amarillas, y el general, que se había quitado las gafas, introdujo un barquillo en la copa vacía, suponiéndola llena. Riéndose, nos confesó su cortedad de vista. Una mañana, en África, salió a dar una vuelta por los alrededores de la posición. De pronto, por entre el alto matorral vio brillar un objeto que a él le pareció un bicho. Levantó la garrota para descargar el golpazo, cuando:
Mola, ¿qué vas a hacer? –le grita un oficial que allí estaba evacuando su vientre.
Mola había tomado por un bicho la hebilla del cinturón, y a punto estuvo de clavar su garrote en los riñones de su compañero)”.

4. Página 122. Anotado en la misma sobremesa. “Firmando su sentencia de muerte. Hoy ha quedado constituida la Junta de Defensa Nacional. (Cuando firmó el acta el coronel Moreno Calderón, le dijo a Montaner:
– Como España no responda, ésta es nuestra sentencia de muerte)”.
5. Página 129. Relato de una broma cuartelera, oído en la cena del 24 de julio.
“(El bromazo de Mola a Riquelme. En la cena se comentó la cobardía del general Riquelme. A Riquelme le echó Primo de Rivera de África por cobarde y por estafador. Chaqueteó una vez por temor a unos moros que a cosa de una legua estaban saqueando un campamento abandonado. Otro día salió huyendo por una ventana, donde después se puso una inscripción recordatoria del cobarde salto.
Mola cuenta que, cuando él era director general de Seguridad, dio al pusilánime Riquelme un bromazo. Envío a su casa una caja simulando un aparato infernal con una calavera dibujada en la tapa. Riquelme se asustó de muerte. Avisó a la Comisaría, a la Dirección de Seguridad. ¿Saben ustedes lo que la caja contenía? Pues... ¡un bote de bicarbonato! Lo llenamos de carbón, le pusimos cuatro resortes y una mecha con fósforo en el cabo. Y para completar el burdo mecanismo, colocamos bajo la tapa de la caja un pedazo de papel de lija. El embromado no se atrevió a tocar el artefacto. Cuando me lo trajeron a la Dirección, yo, ante el asombro y el espanto de todos los que me rodeaban, destapé la caja tranquilamente. Riquelme nunca supo que yo le hice esto; él lo achacaba a Berenguer)”.
6. Página 150. Chismorreos sobre la familia real, anotado durante la cena del 27 de julio.
“La Reina y los Infantes. (La familia real vivía en un plan no ya modesto, sino miserable. La propia Reina acudió una noche a una fiesta de gala con un siete en la espalda de su vestido de terciopelo blanco)”.
7. Página 158. Los militares se ríen de sus discursos patrióticos, en la cena del 29 de julio, y cuentan anécdotas.
“Arengas célebres. La conversación ha derivado al tema de la verborrea y de las alocuciones militares.
(Les tengo miedo –dice Mola– a los militares que se sienten oradores. Cuenta de un coronel, que un día se dirigió a su fuerza: “Soldados... (No sabía seguir). ¡Soldados!, gritaba más fuerte. (Los paisas le miraban boquiabiertos). ¡Soldados!... ¡Hay que ver los trabajos que pasarían vuestras madres para echaros al mundo con las cabezotas tan grandes que tenéis!”.
Refiere de otro que el año 13 remataba así todas sus arengas: ¡Soldados: el soldado que muere por la patria, no muere, vive en la memoria de todos los buenos españoles”. En todos los entierros les endilgaba este final. Hasta que la tropa aprendió el tranquillo y un día que empezó a soltarles lo de “El soldado que muere por la patria, no muere...”, los soldados remataron a coro la sempiterna frase).
8. Página 160. Siguen las anécdotas curiosas, en la cena del día 29. Ésta del general Cabanellas.

- “(“Grullos” con *escopetos*. El general Cabanellas tiene gracia y gracejo para narrar las cosas. Esta noche, en la cena, comentaba sus viajes y el peligro que suponen los voluntarios que hacen guardia a la entrada de todos los pueblos.
- No quiera usted saber, don Emilio. Le salen a uno por esos pueblos unos “grullos” con *escopetos* que le meten el fusil por los ojos y que no lo retiran,
- El salvoconducto; a ver, ¡el salvoconducto!
- Pero, hijo –le digo– ¿cómo te voy a dar el salvoconducto, si soy yo el que los expido?)”.
9. Páginas 190-191. Mola se ríe de sí mismo y habla, el 3 de agosto, de profesores que ha tenido en la carrera militar.
- “Mola, cadete. En la cena, el general ha recordado sus tiempos de Academia, que le dejaron sabor ingrato. Un profesor les obligaba a tener los libros en posición vertical sobre los pupitres. Como alguno de los alumnos se descuidase, le amonestaba:
- ¿No sabe usted que el Reglamento ordena la vertical? Pues sin obediencia no hay disciplina, sin disciplina no hay Ejército, sin Ejército no puede haber colonias. Vea usted las consecuencias de no tener el libro como es debido.
- (Mola, en su época de alumno, no debía de ser un Adonis, y su profesor hepático, que se las daba de gracioso, le dijo en clase un Carnaval:
- Y usted, Mola, ¿de qué se ha disfrazado?
- Yo no me he disfrazado.
- La verdad es que usted no necesita ponerse careta, parece una máscara)”.
10. Página 191. Escena vista en una calle de Burgos, el 4 de agosto:
- “(Juego de niños. Salí al Espolón. Me ha chocado el juego que se llevaban unos chiquillos. Dos de ellos iban con escopetas de juguete. Los demás cogían a otro prisionero y lo conducían ante los armados. Estos le gritaban al preso “¡Viva España!, ¡Viva España!”. Y como el preso no contestara (el juego era no contestar), los de las escopetas le apuntaban y el pistón imitaba un fusilamiento)”.
11. Páginas 210-211. Aguafuerte de un militar, hecho el 7 de agosto.
- “El coronel Gavilán. En la saleta de ayudantes, donde trabajo, hay tertulia animada. Están Joaquín del Moral, el coronel Gavilán y algunos otros...
- (El coronel opina que hay que echar al carajo esa monserga de Derechos del Hombre, Humanitarismo, Filantropía y demás tópicos masónicos.
- Yo soy consciente.
- ¿Usted es consciente? Pues, ¡fuego!
- Se habla de la limpia que hay que hacer en Madrid entre tranviarios, policías, telegrafistas y porteros. Alguien propone que, en vez del rótulo de las entradas “No pasar sin hablar con el portero”, hay que poner este otro: “No pase sin matar al portero)”.

12. Página 236. Anécdota de un espía mal pagado que da pena, el 12 de agosto.

“Confidentes. Escámez tiene también sus confidentes. (Les da diez y hasta veinte duros por sus servicios. A uno de ellos lo envió hace unos días con el encargo de ponerse en contacto con unos cuantos guardias civiles que querían pasarse y mostrarles el camino de nuestras líneas. ¡Pobre hombre! Lo cogieron los rojos y, sospechando de él, por poco me lo matan. Lo desnudaron para registrarle.

– Y ¿le encontraron algo?

– No. Llevaba la carta cosida al forro de las alpargatas. No pudo dársela a quien yo quería. Vino muerto de miedo. Ya no le quedan ganas de volver. Yo le había ofrecido cien duros si hacía este servicio)”.

13. Página 284. Anécdota de Millán Astray, el 18 de agosto.

“Millán habla de sus predicaciones recientes en Andalucía.

– Entré en la Fábrica de Tabacos. Reuní a los obreros (los fui confesando uno a uno). Organicé la Legión de los Tabaqueros. Me besaban, me abrazaban. Y fui con ellos al Ayuntamiento. Ante las escaleras se me ocurrió decir:

– ¿Quién de vosotros es republicano de izquierdas?

No se atrevían. Salió uno.

– ¿Tú? Pues toma mi pistola y sube detrás de mí...

Voy a las fábricas, les hablo y lloran. Lloramos todos; yo el primero. Les doy la mano, los confieso, los beso, me besan las mujeres. ¿Por qué me besan? ¿Por mis heridas, por verme mutilado, por lo que sea! Una vez, en una estación, me besaban las mujeres. Se extrañaron las autoridades. Les dije:

– Me besan porque he perdido el brazo y el ojo y me he jugado muchas veces la vida por la Patria. ¡Besadlas vosotros si podéis!”.

El comandante Arias Paz tachó párrafos del libro de Iribarren porque daban mala imagen de los militares y de la guerra. Esto fue lo que produjo más irritación en el delegado nacional de Prensa y Propaganda.

OTRAS TACHADURAS

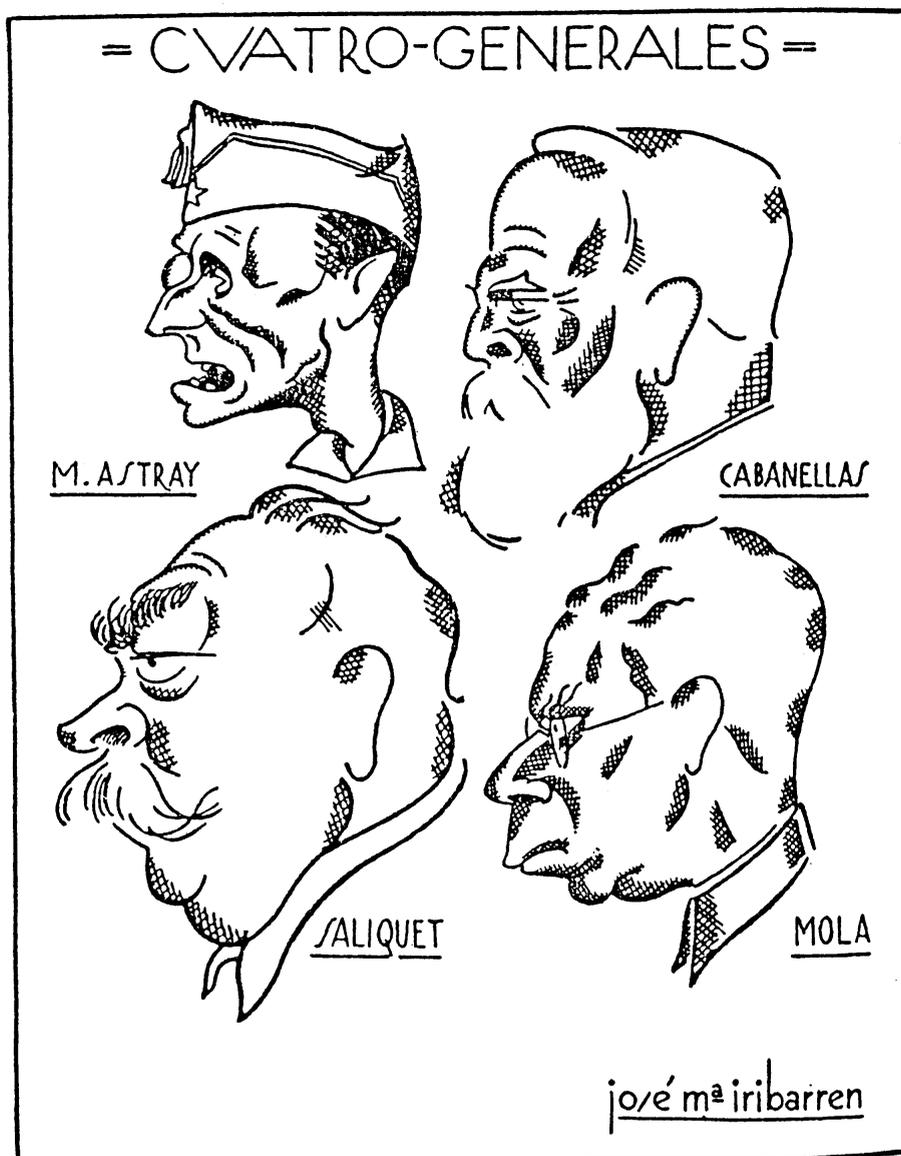
Algunas tienen motivo léxico. El lápiz rojo del censor no admitía como correcta la palabra “sublevación” y la persiguió página por página, a ella y a sus derivados, con el trazo condenatorio. Así:

“El 17 (se sublevaron) las guarniciones de Marruecos”.

“Ramón Mola le decía a su hermano: (¡No te subleves, Emilio!, ¡Por lo que más quieras, no te subleves, que vamos al fracaso!)”.

“Mola, en la mañana del 18: He decidido (sublevarme) para salvar a España”.

“La (sublevación) en Burgos. De sobremesa, el coronel de Estado Mayor contó detalles de la (sublevación) en Burgos y de la detención de los generales Mena y Batet”.



Unas tachaduras borraban frases demasiado duras: “Lo tumbaron sobre un rastrojo”. “¡Que los fusilen inmediatamente y sobre la carretera!”. “¡En Dos Hermanas sólo quedó un vecino”. Otras censuraban locuciones y frases, consideradas inconvenientes o poco serias en boca de militares. Y esto referido a ambos bandos:

En la página 88 se tacha una expresión despectiva: “¡Que le den morcilla a Mola!”. El verso de un pareado que se coreó por las calles de Madrid el 14 de abril de 1931, al proclamarse la República: “¡Ahora, ahora! ¡Que le den morcilla a Mola!”.

En la página 142, una “gracia” del general: “A ver las chicas guapas. A las ocho, Mola, de paisano, salió a dar una vuelta por el Espolón y a ver las chicas guapas”.

En la página 154, el título de un capítulo: “La hernia de Cabanellas y el trasero de Corchaíto”.

En la página 185, una gacetilla: “Lo más florido de las chicas de Burgos ha acudido esta noche al té ofrecido por el general”.

En la página 212, una grosería del coronel Gavilán: “¡A la mierda!”.

En la página 306, el insulto de un jefe rojo: “¡So pijoteros!”.

En la página 360, una frase terrible de Yagüe: “Me estoy cargando a media España”.

Pero el tachón más marcado está en la página 52, en el relato del episodio en que Mola, dialogando con Batet el 10 de julio en el monasterio de Irache, dice: “¡Mi palabra de honor!”, la promesa de que no iba a sublevarse, cuando ya tenía preparada la sublevación, faltando a la palabra. Eso, para el censor Arias Paz, no pudo decirlo un militar; y si lo dijo, no se podía escribir.

ESTADÍSTICA DE LO TACHADO

Hay tachaduras en 92 páginas, de las 382 que componen el libro. De ellas 359 contienen texto y 23, ilustraciones: fotos o dibujos. El número de tachones, más o menos largos, es de 113. Censuran palabras, verbos, locuciones, frases y párrafos enteros.

Las líneas tachadas son 488, de un total aproximado de 9.500 que tiene el texto.

La tirada fue de 7.000 ejemplares. El precio del libro, seis pesetas. No se conocen datos sobre los ejemplares vendidos, los retirados de las librerías, los destruidos en las comisarías, los conservados sin tapas o los distribuidos de forma clandestina.

DOS LÁPICES ANTAGONISTAS

En el primer libro de Iribarren sobre Mola, de tema bélico, hubo dos lápices en lucha desigual: el negro del escritor, chiquito y travieso, sufrió la ira del rojo de la censura. En la página 294 se lee: “Me he agenciado un lápiz pequeño; con él y con la cajetilla de cigarros puesta sobre mi muslo, voy anotando todo lo que los comensales dicen de interesante... El general se ha dado cuenta de mis manejos bajo el mantel y hoy me decía: –No pondrá usted los chistes que yo digo...”. Esto último también fue tachado.

El lápiz rojo ganó el primer asalto; pero el negro, después de aquel penoso lance, salió fortalecido y animado, para gloria de la literatura y gozo de los lectores. Siguió en el empeño, anotando lo curioso que observaba y componiendo la base de sus libros sobre temas costumbristas, históricos y lingüísticos.

El censor que manejaba el lápiz rojo, despreciativo y prepotente, le aconsejó al escritor en plan perdonavidas que dejara de escribir, que se dedicara a otro oficio, que se olvidara de las anotaciones bajo el mantel.

El furibundo lápiz rojo arremetió también contra el segundo libro de Iribarren sobre Mola. El lápiz pequeñín supo capear la embestida, dejando constancia de las tachaduras (alguna increíble, antishakespeareana, como luego se verá) y afilando la punta para nuevas empresas literarias.

SEGUNDO LIBRO SOBRE MOLA

El libro retirado por la censura era muy interesante. Contenía noticias de primera mano sobre la iniciación de unos hechos de gran trascendencia histórica. Pensó el autor en reeditarlos, suprimiendo lo tachado. Pero algunos amigos, entre ellos el historiador Joaquín Arrarás, le aconsejaron que desistiera de eso y que preparase otro libro sobre Mola, una biografía más amplia del general. Esto fue lo que hizo a toda prisa, y salió a la luz en 1938 con el título *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*.

La obra fue sometida a doble censura, civil y militar. Le tacharon páginas dedicadas a los carlistas, a los requetés, a su organización militar en los años de la República y a su aportación al Alzamiento Nacional.

Le cambiaron palabras y calificativos: donde ponía “aquellos carlistas” le pusieron “aquellos voluntarios”; donde decía “los caudillos del comunismo” le hacían decir “los dirigentes comunistas”.

Le suprimieron párrafos con la nota al margen de “No es serio”. Uno de ellos, refiriéndose al Hotel Norte y Londres de Burgos en los primeros días de la guerra, relataba que “en sus divanes, señoritas aristocráticas recortaban sobre franela verde la cruz de Santiago para los voluntarios de Somosierra”.

Otro de los párrafos suprimidos se refería al físico de Mola, del que él mismo se reía y contaba anécdotas en las comidas de sus ayudantes. He aquí una de éstas, anotada por el lápiz pequeñín de Iribarren:

“Ni en sus tiempos de cadete presumió Mola de tenorio. Poseía, por el contrario, la condición, tan plenamente varonil, de exagerar la imperfección de sus facciones. Por eso refería que un profesor de la Academia de Toledo, después de un Carnaval, fue preguntando a sus alumnos de qué se habían disfrazado. Cuando a él le llegó el turno, contestó:

– Yo de nada.

A lo que aquel repuso:

– La verdad es que a usted, señor Mola, no le hace falta disfrazarse. Con la cara que Dios le ha dado es suficiente”.

La censura tachó este relato porque “no era serio”. Pero la tachadura que más extrañó a Iribarren fue la de una cita, la frase de Shakespeare “Navarra será un día el asombro del universo”. Retorcida mente la del censor. Abominable lápiz rojo.

El segundo libro de Iribarren sobre Mola lo editó en 1938. Tuvo varias ediciones, en 1945 y 1963. Se le cambió el título, poniendo *El General Mola*. El lápiz rojo quiso meterse hasta en las reimpressiones. Concretamente en la tercera, José María Iribarren recibió un escrito de un coronel del Estado Mayor Central del Ejército, en el que le comunicaban que habían encontrado en su obra algunos defectos de detalle que podían fácilmente ser corregidos. Los pequeños detalles eran cuestiones puntillosas de terminología referentes a los generales Franco y Mola. Las dos observaciones eran las siguientes:

“Se llama al general Mola en un título “Jefe Supremo del Movimiento” y, aunque después en el texto se aclara que dicha Suprema Jefatura era sólo en la Península, parece que podía evitarse esta posible confusión”.

“Se llama al general Mola repetidamente “conspirador”, y “conspiración” a la preparación del Alzamiento. Aunque ello fue una realidad, este léxico ha sido empleado constantemente en la literatura roja al referirse a los militares que prepararon el Alzamiento y, por lo tanto, no es adecuado utilizarlo”.

José María Iribarren defendió denodadamente la propiedad de los términos usados. Al final, el libro salió como estaba redactado. Tenía la preceptiva autorización. Y la obra estaba ya tirada y encuadernada en los talleres gráficos de la Editorial Bullón en Madrid.

El lápiz rojo no se salió esta vez con la suya; no se contentaba con tachar, quería imponer un estilo y un léxico.

AVENTURAS DE UN LÁPIZ PEQUEÑÍN

José María Iribarren escribió un relato de lo que le sucedió a consecuencia de la censura. Lo tituló “Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro *Con el general Mola*”. Podía subtitularse “Aventuras de un lápiz pequeño”. Hizo la primera redacción en 1944 a ruego de un amigo suyo, escritor y bibliófilo, José María Azcona. Lo quería para encuadernarlo con el ejemplar del libro que poseía, pensando atinadamente que formaba parte esencial de la historia del mismo.

En agosto de 1968 realizó una segunda redacción, añadiendo datos y detalles complementarios. Yo participé en ese trabajo como mecanógrafo. Se hicieron originales y copias con papel carbón en dos formatos: cuartillas 21 x 15 y folios Din A4. El autor repartió copias entre amigos. Depositó una en el Archivo Municipal de Pamplona que, según información de los funcionarios de entonces, se hallaba en el “infierno”; pero se sacó de allí alguna vez para hacer fotocopias; lo cual demuestra lo dicho anteriormente: que el escrito de Iribarren, referente al libro *Con el general Mola*, es inédito, pero no incógnito.

El conocimiento de su existencia es público, al menos en revistas especializadas, como se cita anteriormente. Vicente Cacho Viu, en un estudio sobre “Los escritos de José María Iribarren, secretario de Mola en 1936”, reseña el de las “notas” o “peripecias” y afirma que el autor le entregó una copia en 1968, cuando era profesor de la Universidad de Navarra. Recordaba que, ni aun en los últimos años de su vida había olvidado Iribarren los sinsabores que aquellos incidentes le acarrearón.

Las notas sobre la gestación del libro inician el relato y presentan al protagonista:

La idea de componer el libro me vino a los dos o tres días de mi llegada a Burgos (22 de julio de 1936). Me di cuenta de que la guerra iba a durar más tiempo del que todos creían; que lo que yo estaba viviendo cerca de Mola pasaría a la historia, y me impuse la obligación de recoger aquel ambiente...

Me había agenciado un lápiz pequeñín y con la mano bajo el mantel, para que no me viesen, anotaba en la cajetilla de tabaco cuanto se hablaba durante la comida...

Mola se apercibió de mis manejos, y un día le dije que estaba tomando notas para, más adelante, componer un libro... Recuerdo que una vez Mola comentó el hecho de que en todas las guerras hubiese habido en los Cuarteles Generales un paisano escritor. En el fondo le agradaba que yo escribiese...

Las notas sobre las peripecias desdichadas del libro y del autor están redactadas con estilo de diario y denotan que el pulso del escritor se va acelerando:

El 24 de mayo [de 1937] por la mañana el Comisario de Policía de Pamplona, mi buen amigo Germán Izquierdo, me llamó por teléfono, diciéndome que me presentase en Comisaría. Barrunté que algo malo me amenazaba. Mi mujer se alarmó. En la Comisaría me enseñaron un telegrama circular de su Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, que decía así, poco más o menos:

“Ruego a las autoridades detengan donde quiera que se encuentre a José María Iribarren, autor libro “Con el general Mola”, y procedan con toda urgencia a la recogida y destrucción del libro”.

Pasé en Comisaría tres horas amargas... Este despacho fue cursado a todas las provincias, y la policía comenzó a actuar con rapidez... Los ejemplares de mi libro que iban llegando a Comisaría, entregados por los estupefactos libreros, no se destruyeron. Se limitaban a quitarles las tapas... Germán Izquierdo me acompañó a casa. No salí de mi domicilio por consejo suyo...

El día 25, el Gobernador Civil de Navarra, cumpliendo órdenes superiores, le mandó presentarse urgentemente en la Delegación Nacional de Prensa. Hizo las maletas y marchó el 26 en ferrocarril a Salamanca, acompañado de su mujer y su cuñada. Llegó en las primeras horas del día siguiente. Era la fiesta del Corpus. La ciudad estaba abarrotada de militares y gentes afines que habían ocupado todos los cuarteles y los hoteles. Se hospedaron en una mala posada.

A eso de las 11, me recibió el Delegado de Prensa, Comandante de Ingenieros, gallego, don Manuel Arias Paz, un hombre pálido, de unos 45 años, de pelo rizado y facciones correctas... Adoptó ante mí una actitud soberbia, suficiente, y un tono conmisericordioso de perdonavidas.

– Pero, ¿usted sabe lo que ha escrito?, comenzó por dispararme. ¿Se da usted cuenta de las barbaridades que hay en su libro? Usted –me dijo– merecía estar fusilado a estas horas...

Yo callaba. Arias Paz abrió un ejemplar de mi obra que tenía sobre la mesa, llenas las hojas de paréntesis rojos, de tachaduras, y comenzó a hojearlo.

– Habla usted aquí... Aquí en la página 52... y en la 85... y en la 106... Y más adelante...

Arias Paz, con el lápiz rojo en la mano, le fue señalando las palabras nefandas, las expresiones impropias, las frases tachadas con trazos gordos y rabiosos; lo que se recoge en la primera parte de este estudio. Iribarren permaneció callado y consternado, mientras el censor pasaba las hojas. En un momento, sonaron fuera las sirenas de alarma aérea. En otra situación, aquello le habría sobresaltado. Entonces no. Las oyó como quien oye llover. Estaba hundido, anonadado. En su mente sólo resonaban las sentencias del cruel censor: que merecía ser fusilado, que no escribiese más, que no servía para escritor.

Cuando salió de la Delegación Nacional de Prensa, que estaba en el Palacio de Anaya, era todavía la mañana del Corpus, con sol radiante. Vio desfilar la procesión camino de la catedral. Por la tarde hubo corrida. Fue a los toros con su mujer y su cuñada. No le quedó ningún recuerdo de la fiesta, ni el nombre de los toreros. Pasó miedo pensando que, si sonaba la alarma aérea, se verían mal para salir de allí.

Al día siguiente continuaron las peripecias. A primera hora le despertó la dueña de la pensión, diciéndole que le esperaban dos señores. Eran policías que iban a detenerle y registrar sus maletas. Fue conducido a Comisaría, interrogado e incomunicado. Ni siquiera su mujer pudo visitarle. Pasó horas angustiosas, pensando lo peor, vio salir una camioneta llena de detenidos. Le llevaron en automóvil entre policías al palacio de Anaya, al despacho del Delegado que ya conocía. No estaba él. Tras un rato de espera, entró Arias Paz y le dijo, sin más explicaciones, que podía irse. Luego supo que la orden de libertad se debió a Mola.

Volvió a Pamplona. Pasó una temporada mala. Los amigos le preguntaban los motivos de la retirada del libro y de su detención. Algunos creían que era por rivalidades entre Franco y Mola. Él les decía la verdad de lo sucedido, aunque fuera incomprensible. Como distracción y desahogo, volvió a escribir, a contarle al papel, como con el lápiz pequeñín, lo que había pasado, lo que luego serían las "Notas sobre la gestación y peripecias de su libro". Era la venganza del escritor contra lo que le habían hecho pasar.

El libro le dio al autor la primera ilusión y el mayor disgusto. José María Iribarren lo explicó así: "Fue aquel mi primer hijo; me dio muchos berrinches; me fastidió; tuvo mal fin. Sin embargo, lo quise como los padres que se enamoran del peor de sus hijos, del más ingrato, del que más les hace sufrir".

RESUMEN

José María Iribarren escribió dos libros sobre el general Mola. El primero, editado en 1937, fue retirado de las librerías por la censura militar. Este estudio trata de las consecuencias sufridas por el libro y su autor. Se basa en un relato inédito de los hechos, escrito por Iribarren y titulado *Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro "Con el General Mola"*. El segundo, editado en 1938, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*, tuvo también problemas con la censura.

ABSTRACT

José María Iribarren wrote two books on the General Mola. The first, edited at 1937, was withdrawn from the bookshops by the military censorship. This study is about the consequences suffered by the book and its author. It is

based on an inedited account of events, written by Iribarren, called *Notas sobre la gestación y peripecias desdichadas de mi libro "Con el General Mola"*. The second book, edited at 1938, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*, had also problems with the censorship.